

In Memoriam

PACO SOLER

Cristián Rodríguez

Para la nueva generación, que constituye sin duda el grueso de los lectores de esta revista, el nombre de Paco Soler puede que sea desconocido o un nombre del que se ha oído hablar vagamente; más remoto aún que lo era para nosotros el del poeta y periodista Pío Víquez. Los años en que Soler alcanzó su breve y fúlgido apogeo, en la segunda década del siglo, nos parece que acaban de transcurrir, ilusión muy natural de los que ha tiempo dejamos de ser jóvenes. No por ser un lugar común es menos cierta la observación de que a medida que avanzamos en edad, los años parecen deslizarse con más rapidez que la que deseáramos, como se suceden, con congajosa frecuencia, los vencimientos de las primas de seguro.

Alejado de la tierra, sin poder consultar archivos ni refrescar la memoria con la conversación de amigos comunes, la semblanza que pudiera escribir tendría que estar por fuerza plagada de inexactitudes. Me limitaré, pues, a una cuantas reminiscencias y a esforzarme por reconstruir el ambiente de la época. No persigo otro fin que el de estimular a otros, más capacitados y menos afectados de amnesia que yo, a que rindan un tardío homenaje a aquel singular ingenio, excelente y dilecto amigo que fue Francisco Soler Carranza.

UN HOMBRE SINGULAR

Comenzaré por tratar de evocar, si me es hacedero, su aspecto físico y su bien perfilada personalidad.

Era de mediana estatura, bien proporcionado, más cenceño que entrado en carnes y ligeramente cargado de espaldas. Su padre era español y no lo conocí, pero no se percibían en las facciones del hijo los rasgos típicos que asociamos al peninsular. Era más bien un tipo eminentemente criollo, "muy Carranza". Tenía muchos amañamientos originales, como tantas cosas en él lo eran. Su andar era inconfundible: no levantaba un pie sin tener firmemente asentado el otro, con flexión rotular mínima, pero sin bambolearse. Su

sombrero era tan típico como su firma, un chapeo de vicuña gris, arrugado de manera sui generis, fácil de identificar en la percha. Al saludar apenas si levantaba el brazo, limitándose a hacer un leve movimiento de vaivén con la mano, como quien dibujara eses en el aire. A pesar de su inequívoca masculinidad, se partía el cabello a la derecha, al modo femenino, como habría de hacerlo más tarde Hitler. Su voz era melodiosa, tersa y varonil; vibrante, cuando se enojaba y es fama que no le faltaron ocasiones para ello. Tenía al hablar un ligero jadeo, que se acentuaba al reír, en rictus reprimido. Como tantos humoristas y satíricos, jamás reía a mandíbula batiente. Era agradable oírle leer, sobre todo sus propias producciones. Lo hacía recalcando, con deliberadas pausas y sinuosidades de entonación, los paréntesis en que abundaba su estilo. Recuerdo estos detalles porque había aprendido yo a remedar a algunos hombres del día y Paco era un motivo ideal para quien quisiera ejercitar esa fama de histrionismo.

No creo que fuera adicto al juego, y si alguna vez usó del churuco fue por simple sociabilidad. Era abstemio y en general de vida bastante frugal. En su adolescencia había vagado por los hondos mares, "bajo la línea de flotación", según él decía y ello le dio mucho mundo desde joven. No faltaron en su vida intensas pasiones amorosas, pero defendió la fortaleza durante más tiempo que el corriente. Tenía siempre la obcecada aprensión de que sus años estaban contados, a causa de no sé qué real o imaginaria dolencia, que su complexión fuerte y saludable parecía desmentir. Finalmente, formó un hogar y con el cambio de estado civil parecieron desvanecerse por el momento aquellos temores.

No sé a ciencia cierta cuál era la edad de Paco en 1915, por ejemplo. Pero a juzgar por su aspecto debía de tener entonces de veintidós a veintitrés años, lo que armonizaría con la fecha de nacimiento que Sotela, en su obra "Literatura Costarricense" asigna a lo que llama la "Cuarta Generación Literaria" (1890 a 1895). Esa obra no contiene ningún otro dato biográfico acerca de Paco, que figura en ella solamente con la reproducción de algo que escribió en un álbum de la esposa del poeta.

SU CAPACIDAD ASIMILATIVA.

Tenía un poder de asimilación extraordinario. Hay derecho a suponer que había nutrido su

mente con copiosas lecturas, aunque nadie lo sorprendió con un libro en las manos. Era de esos hombres que, como ese otro autodidacto, Otilio Ulate, leía, como dice Emilio Faguet, "con los dedos", y también "por procuración", pues gran parte de su vasto anecdótico literario y referencias librescas creo que los había extraído de amigos más consagrados a la lectura sistemática, a quienes "sangraba al blanco", con sólo oírlos. Estaba muy al corriente, por ejemplo, de la chismografía culta parisiense. Sabía de Verlaine, de Mallarmé, de la Colette Villy. Fue a él a quien por primera vez oí la cita de Francis Jammes -favorita de Paco- de que entre el hombre y la mujer hay apenas una pequeña diferencia; agregando, ¡viva la pequeña diferencia! De sus labios escuché también las peripecias amorosas de Georgette Leblanc con el poeta y dramaturgo belga Maeterlinck. Georgette era la esposa del escritor, poeta y crítico de arte, Camille Mauclair, íntimo del autor de "Pélleas et Mélisande". Habiéndose enamorado Maeterlinck locamente de Georgette, actriz y escritora de no pocos quilates, y siendo incapaz de una traición al amigo, resolvió, conjuntamente con Georgette, exponerle paladinamente la situación de aquella violenta e irreprimible pasión. Mauclair, que adoraba a su esposa, no musitó palabra; pero desde entonces se retiró de todo contacto con la élite intelectual de Lutecia y se fue a vivir al Mediodía, sin haber roto los lazos de entrañable amistad que lo unían a aquellos dos caprichosos amantes. No fue sino muchos años después, cuando Maeterlinck había dejado de amar a Georgette y tomado nueva compañera con la que Georgette convivió en extraño "ménage á trois", que Camille reapareció en los círculos literarios. No garantizo la veracidad del relato: me atengo a la memoria de Soler o de quien se lo transmitió. Ese relato es típico de los muchos que prodigaba en el curso de su amena charla. Conocía, desde luego, las grandes figuras de la literatura española y francesa y algunas de la universal y aun nos espetaba citas de Carlyle, vestidas en ropaje muy poco carlyleano (no me atrevo a repetir las), y aunque yo había ya en aquella época leído en su original buena parte de la producción del sublime hipocondríaco escocés, jamás tropecé con los pasajes que citaba Soler, lo que no arguye que las citas no fueran auténticas. Es oportuno agregar que era ardiente francófilo en la guerra que desolaba entonces a Europa.

EL AMBIENTE

Para explicar la génesis de sus aficiones literarias, hay que tomar en cuenta, ante todo, su innegable vocación natural, su inquietud literaria, su espíritu eminentemente artístico. Su entrada en el mundo de las letras, como la de casi todos los hispanoamericanos, la hizo por la vía del periodismo. Era puntual de cuantas representaciones dramáticas y operísticas se daban entonces en el Nacional y otros teatros y amigo de cuanto comiquillo o actriz de algún relieve se varaba en el país.

Además - y ello reviste gran importancia - el ambiente era entonces propicio al cultivo y a la creación literarios. Había una especie de cenáculos a los que concurrían los consagrados y alcanzó a disfrutar, en las postrimerías de Zambrana, de los paliques en que tantos periodistas y escritores afinaron el calatre. Pero en la época a que me refiero, la etapa zambraneana había visto su ocaso. Se formaban también tertulias ocasionales, frecuentadas por escritores consagrados o en ciernes. Las figuras más destacadas, con raras excepciones, no tomaban parte en esas palestras, pero daban lustre al ambiente y lo alentaban con su estímulo, que no escatimaban. Entre los buenos conversadores, fuera de los que llevaban la batuta, como don Ricardo Fernández Guardia, don Víctor Guardia Quirós, Alejandrino (don Alejandro Alvarado Quirós), don Joaquín García Monge, don Fabio Baudrit, don Ernesto Martín, don Guillermo Vargas Calvo, don Jenaro Cardona, don Ramón Zelaya, don Billo Zeledón (don Roberto Brenes Mesén estaba entonces en Washington), había otros un poco más jóvenes, como Eduardo Calsamiglia, José Fabio Garnier, Omar Dengo, Rubén Coto, Camilo Cruz Santos, José Albertazzi Avendaño, Raúl Salazar, Roberto Valladares, Rómulo Tovar, Carmen Lyra, María Teresa Obregón, Esther de Mézerville, Lilia González,

Angelita Acuña, Angela Jiménez, Ana Rosa Chacón, Rogelio Sotela, Rafael Cardona, Arturo García Solano, Hernán Zamora Elizondo, Asdrúbal Villalobos, Julio Padilla, Raúl Guzmán y, si bien con participación menos activa, porque eran todavía muy jóvenes, aunque precoces, estaban Mini Salazar (Carlos Salazar Gagini), Joaquín Vargas Coto, Julián Marchena, el Panzón (Jorge) Salazar y otros. Alejandro Aguilar Machado era, pese a su facundia, algo retraído, Octavio Jiménez, siempre muy señero y Vincenzi, filósofo ya nietzscheano, formaba casa aparte. Vicente Sáenz estaba por entonces fuera del país. Había, además, un nutrido cortejo de catecúmenos, que buscaban la oportuni-

dad de echar su cuarto a espadas en las conversaciones literarias, como Yayo (Eduardo) Hütt, Soldadito (Víctor Manuel Rojas), Cañitas (Víctor Manuel Cañas Frutos), el Macho (Rafael) Salas y el que estas líneas perpetra que, aunque no pronunciábamos, como la lechuza del cuento, poníamos mucho cuidado.

UNA DIGRESION QUE NO ESTA DE MAS

Algún tiempo después de estallar la Primera Guerra Mundial, si mal no recuerdo, tuvo lugar un acontecimiento destinado a asumir gran significación en la vida intelectual de la capital. Me refiero a la fundación de una librería llamada "La Lectura Barata", barata en los precios, pero no en la importancia de las obras de cuya popularización fue instrumento. Se instaló en la esquina de la casa de doña Panchita Cañas, o sea en lo que es hoy el extremo suroeste de la Plazoleta del Club Unión, frente al viejo Correo, que estaba situado en la manzana siguiente, yendo al Sur. El edificio de correos era un caserón viejo y destartado, que tenía una especie de patio enclavado, donde los intelectuales se congregaban, no tanto con la esperanza de hallar en el casillero otra cosa que recordatorios de cuentas, sino más bien con el deseo de encontrar alguien con quien echar la lengua a retazar. Era ese, hasta entonces, casi el único oasis, fuera del vestíbulo de la Biblioteca Nacional o los poyos del Morazán, donde la gente podía departir sobre cosas del espíritu. Ciertamente es que contiguo a "La Lectura Barata" estaba alojado el Club Internacional; pero ese era un centro de la alta burguesía, hermético y "aliterario", algo así como una ampliación en sepia de la Sastrería de Valenzuela. De modo que la intelectualidad vio el cielo abierto cuando se estableció "La Lectura Barata", pues aunque el local era pequeño, habían algunas personas, si se turnaban, que podían conversar a sus anchas acerca de los nuevos libros que llegaban y cambiar impresiones. La labor de popularización de buenas obras que realizó esa librería, en los limitados años de vida que tuvo, fue de lo más fecunda. Por primera vez se daba el caso de que una empresa comercial introdujera libros no con vistas al beneficio venal, sino tomando exclusivamente en cuenta su calidad. Allí se vendía un notabilísimo semanario español, "España", órgano, por decirlo así, de la llamada generación del 98, donde fuimos iniciados en el conocimiento de autores para muchos de nosotros desconocidos, como Shaw, Chesterton y Wells, y donde saboreamos los excelentes ar-

tículos de quien se hacía llamar con el apelativo de El Preocupado (José Ortega y Gasset), Luis de Zulueta, Pérez de Ayala, Pedro Mourlane Michelena, García Sanchiz, Luis Araquistain, Baroja, Unamuno, Benavente, Martínez Sierra, Xenius (Eugenio d'Ors), los versos de José Moreno Villa, de Fernández Ardavín, las reproducciones de las esculturas de Julio Antonio, los cuadros de Zuloaga, de Romero de Torres, de Gustavo de Maeztu, las críticas de pintura de Juan de la Encina y las geniales y agudas caricaturas de Luis Bagaría, furibundo germanófilo.

Fue en "España" donde, con ocasión de la muerte de Darío, vimos reproducido entonces aquel exquisito y delicado poema de Rubén, casi desconocido entonces, que comenzaba "Yo soy aquel que ayer no más decía..." "La Lectura Barata" comenzó a distribuir las primeras entregas de la Historia Ilustrada de la Guerra Europea, de Gabriel Hanotaux, admirablemente traducida al español por Luis Ruíz Contreras, el egregio traductor de Maeterlinck y con un conceptuosísimo prólogo de Unamuno. Comenzó a vender y a popularizar las publicaciones de las grandes editoriales españolas, incluso las de algunas un poco más modestas, como las de la Sempere (después Prometeo), con sus típicos libros en rústica y páginas amarillentas, en cuya portada aparecía, en un medallón, el retrato de cada autor, libros de gran variedad, como Ariel, de Rodó, con prólogo de Clarín; "Idola Fori", de Carlos Arturo Torres, las obras de Schopenhauer, de Nietzsche, "El origen de las especies", de Darwin, "Los Filósofos del Siglo Diez y Nueve", "Averroes y el Averroísmo" y otras obras sueltas de Renan, aunque no la "Vida de Jesús". Y no debemos olvidar que entre las obras de esa colección figuraba la de un distinguido compatriota nuestro, "Perfume de Belleza", obra primigenia quizás no superada por su autor, José Fabio Garnier, que aparecía en el medallón sumamente joven. También, cuando el nombre de cambió al de Prometeo, publicó esa editorial las traducciones de La Ilíada y La Odisea, basadas en la "traducción" al francés de Leconte de Lisle, que dicen no sabía mucho griego y designado por algunos, "traductor de traductores". Como gran poeta que era pudo De Lisle captar muy bien el genio homérico y da la impresión de que se está leyendo el texto auténtico del ciego aeda. A esa impresión contribuyó el hecho de usar para los nombres de los héroes de la edad heroica, no el nombre latino adoptado en las traducciones tradicionales, como la italiana de La Ilíada, de Monti, en endecasílabos y la española de Gómez Hermo-

silla (Don Josef Mamerto) ni siquiera la adaptación del nombre griego, sino el mismo nombre griego, llamando a Persefonea, no Proserpina, sino Persefonaía y a Hermes, Hermeias, a Ulises, Odiseus. Aquiles siempre tuvo más o menos el nombre griego, Aquileus o Ajileus, que don Valeriano insistía en llamar Aquileo, como Aquileo Orlich.

También aparecieron en esa misma colección, traducidos también "directamente" del francés, como decía Clarín que leía él el griego, las Comedias de Aristófanes y las Tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Podían adquirirse también en la misma librería las excelentes ediciones Renacimiento, obras esmeradamente impresas, entre las que se contaban varias de Unamuno, de Azorín, Marquina, "A.M. D.G." (La vida en los Colegios de Jesuítas), de Ramón Pérez de Ayala, que ahora no puede conseguirse porque el régimen de Franco la ha prohibido. Asimismo la notable colección de clásicos castellanos de "La Lectura", que acababa de establecerse, con texto muy bien compulsado, a diferencia de las de la Biblioteca Rivadeneyra, que contenían tantos errores y descuidos que obligaron a Cuervo a desistir de completar su monumental Diccionario de Construcción y Régimen cuando descubrió que los textos en que basada algunas de sus conclusiones eran poco dignos de confianza. Entre las obras que allí adquirí figuraba la Gramática Griega, de don Julio Cejador y Frauca. Importó también las obras de la colección filosófica que dirigía Gustavo Le Bon. Algunas de las traducciones eran sin duda deficientes, pero suplían la falta de los que no conocían otras lenguas modernas. No quiero dejar de mencionar las obras de la casa Enrich, que publicó "El Culto de los Héroes" de Carlyle, los "Ensayos" de Emerson, "El Siglo de los Niños", de Ellen Key y muchas otras de índole sociológica. Tampoco debe omitirse la edición Centenario de El Quijote.

Patrocinada por el mismo grupo de "La Lectura Barata", y editada por aquella extraña mezcla de comerciante, gran idealista y anarquista o sindicalista tortosano, Ricardo Falcó Mayor, se publicó una revista llamada "Renovación", de la que aparecieron pocos números y el primero de los cuales fue dedicado a conmemorar la memoria de Don Francisco Ferrer Guardia a quien se ahorcó en la Fortaleza de Montjuich, no tanto por creerse realmente complicado en la Semana Trágica de Barcelona, sino porque Alfonso XIII quería manifestar su independencia y su valor, ante los te-

mores de la Corona inglesa, que temía por la vida del monarca. Otro número llevaba en la portada el retrato de Carmen Jiménez, que tantas promesas hacía esperar para la intelectualidad costarricense. No recuerdo si Paco colaboró o no en esa revista, pero sé que era del mismo grupo, junto con Camilo Cruz Santos, Calsamiglia, Billo, Rubén Coto, Chabella, etc.

Pero aquel emporio de cultura era demasiado bello para ser verdad y la librería tuvo por fin que amainar, no sin haber dejado, como decimos, honda huella en la cultura. Los recursos económicos de los amantes de las bellas letras son siempre limitados y una librería que se abstenía sistemáticamente de ofrecer las novelas de Carlina Invernizio, las Aventuras de Nick Carter, con sus espe-luznantes, truculentas e inartísticas ilustraciones en colores ("Batalla entre las nubes", "El Crimen de Vagón-Cama", eran algunos de los títulos), y las de Rocamble, tenía pocas perspectivas de prosperar en nuestro medio. Y pensar que la librería pudiera recapacitar, cambiar de política y abatirse a las granjerías del vulgo era algo inconcebible, aun en el caso de peligro de muerte de la empresa y si alguna vez las consideraciones prácticas hubieran ejercido presión, que no la hubo, para que se depusiera el estandarte del ideal, allí estaba un ínclito cancerbero, una dependiente modesta pero firme, con la que no valían palabras blandas: Carmen Lyra. Recuerdo que habiendo llegado yo un día a comprar el "Asno de Oro" de Apuleyo, al que le tenía echado el ojo, entró de improviso en la librería una apuesta joven, con todo el aspecto de impenitente y romántica lectora y le preguntó a Chabella (Carmen Lyra) si tenía allí "La Reina del Mercado" de Carlota Bramé (Braeme; su pronunciación correcta es bréim), la prolifera e inagotable inglesa en cuyas novelas las heroínas perdían la honra antes de las diez primeras páginas. Había que ver la cara de angustia de Chabela, tratando de disuadir a la cliente de que prosiguiera en la búsqueda. Le explicó que Carlota Mónica era una novelista de mal gusto y que no esperaban tener las obras de esa autora ni las de la divina Carlina, como tampoco "El Mártir del Gólgota" de Pérez Escrich ni "La Pastora del Guadiela", ni siquiera "Genoveva de Brabante". Podría jurar que la joven lectora salió disparada a buscar la novela de Carlota en alguna otra librería más "comprensiva".

Entre los libros enumerados merece especial mención "El Siglo de los Niños", de la eminente feminista y educadora sueca, Ellen Key, que

puede leerse todavía con provecho y que merece volverse a leer en la seguridad de encontrar nueva inspiración en ella, a pesar de que muchas de las ideas que lanzó no parecerían tal vez ahora novedosas, precisamente por haberse incorporado en buena medida en las orientaciones directrices de la educación moderna y en formar parte del acervo del mundo civilizado. Ese libro ejerció gran influencia en la ideología de Omar Dengo y de otros distinguidos elementos de la despectivamente apellidada entonces "argolla pedagógica", y, a través de esos educadores, en la cultura del país, por lo menos en la de aquel tiempo.

Tal era, pues, el panorama espiritual de la élite de aquel tiempo, lleno de gran hervor, de inquietudes contagiosas, que privaba en la época en que Soler inició su carrera literaria. Esa tonalidad permeaba todo el ambiente del pequeño mundo intelectual al que despertamos los jóvenes de entonces concomitantemente con la tragedia de la primera guerra europea.

EL PERIODISTA

Las necesidades de la vida y el hecho de no tener profesión determinada, aunque, como veremos luego, quiso una vez endilgarse por la abogacía, unido a la circunstancia de carecer de patrimonio y su inclinación a la política, o más bien el deseo de contarse siempre entre la oposición nacido de sus tendencias no conformistas, hicieron que Paco tuviera que aprender a escribir en "nosotros", es decir, que tuvo que practicar el periodismo. Era un hombre de combate, lo que en aquella época significaba hacerles el caldo gordo a los políticos que, una vez alcanzado su objetivo, se olvidaban fácilmente de los que les habían metido el hombro. Las deudas políticas había que recordárselas a los caciques y Soler no tenía el temperamento para esa clase de mementos. Tan brillante y agudo llegó a ser como periodista que durante muchos meses sostuvo casi el interés del lector popular con una colaboración diaria en *La Prensa Libre* que titulada "La Nota Rápida" y con otra que apareció en *La República* con el nombre de "La Racha". Todos aguardábamos como pan caliente el grito de los pregoneros para ver qué nuevas salidas y agudezas nos tenía reservadas para ese día. Más tarde fundó algún semanario humorístico que también fue muy bien acogido. Allí su fisga comenzó a ser inclemente aun con sus amigos, algunos de los cua-

les no podían menos que resentirse. Era muy buen amigo y admirador de Omar, pero cada vez que llegaban noticias de Heredia de algún desborde sentimental entre las normalistas, Paco no dejaba de echarles alguna "chinita". El fue quien dio a conocer la especie, probablemente inventada por compañeras o compañeros de una joven que meditaba en que a su edad Alejandro había conquistado ya el mundo y ella no había hecho cosa que de contar fuese. Hasta entonces el aspecto puramente literario de su labor o estaba latente o sus producciones pasaban por la etapa de lo inédito. Fue, pues, motivo de asombro, para los mismos que estábamos de continuo en su compañía, la aparición en letra de molde, un buen día, de "El Resplandor del Ocaso", cuento dramático o drama novelado, de factura más o menos europea. La obrita causó gran revuelo en el cotarro literario, pues era nuncio de grandes acontecimientos artísticos para el porvenir. El estilo era suelto y armónico y el cuento tenía todos los elementos de suspensión y desenlace apropiado de las composiciones de ese género. Después publicó algunos otros cuentos que andan desperdigados en las páginas de los periódicos y que alguien debiera encargarse de recoger y hacer imprimir.

Es natural hacer conjeturas de lo que habría sido Soler como escritor si hubiera vivido el promedio de años que las estadísticas de seguros le señalaban. Se me ocurre pensar que su vena estaba en el cuento corto y chispeante, a la manera de Maupassant, y también cabe suponer que hubiera acometido también la composición de novelas de gran aliento. Claro está que las dificultades que en esto último hubiera encontrado habrían resultado casi insuperables. En primer lugar, la novela no tiene en nuestro medio y acaso en la América Española el arraigo y la tradición que permite, imitando aquí y corrigiendo y rectificando allá ciertos métodos de tratamiento, realizar la continuidad de este género, que es algo necesario, independientemente del tema. No creo que hubiera seguido la corriente regionalista, pintando al campesino, cuyo lenguaje se le antojaba tosco y antiestético. Habría pintado o la clase social que mejor conocía y dentro de la que vivía, o la clase media, donde indudablemente se sentía más "at home". Pero la alta sociedad, en la que pueden ocurrir dramas interesantes, como en cualquiera otra esfera social, tiene el inconveniente, desde el punto de vista del novelista, de ser profundamente ramplona y en la clase media, que es lo mejor que tenemos, no se ha alcanzado la debida estabilidad que permita utilizarla como punto de partida para la invención noveles-

ca. La clase media está en perpetuo devenir, y si bien una buena parte de los elementos que la constituyen están contentos de su condición y no les preocupa el permanecer estables, muchos de ellos están esperando la oportunidad, mediante la adopción de una carrera como la Medicina (la abogacía está ya muy depreciada como peldaño de arribista), que les sirva de trampolín para realizar un buen matrimonio y de ese modo ascender súbita y seguramente por la escala social y cambiar de nivel. Es claro que todo este tejemaneje, cómico a veces, a veces trágico, ofrece material para el novelista de ojo avizor.

Pero ¿qué hacer con el lenguaje en un país donde los esposos se tratan de usted y en que todos, linajudos e hijos de vecino, se "vosean"? El tratar de introducir el tú en esos casos sería cosa hueca y peor aún si, tratándose de una dama encoquetada, hablando con sus admiradores, les llamara de "vosotros". Esos problemas casi no existen para los novelistas peninsulares; los estratos sociales están más esterotipados. Por otra parte, en un medio tan estrecho como el nuestro en que todo el mundo se conoce y se sabe la vida y misterio de todo el mundo, el novelista se encuentra muy restringido en la elección del enredo novelesco y en la invención de los caracteres, y se ve obligado a buscar episodios o a idear personajes absurdos y extraños al medio, a fin de despistar y evitar que el malicioso lector reconozca en los personajes de la novela a Zutanita y a Menganita y a sus parientes, Don Fulano y Don Perencejo y acuse al autor de venganzas ruines o por lo menos de infidencia o poca discreción. Al huírse de estos escollos puede caerse fácilmente en el peligro de la completa irrealidad de los entes ficticios.

UN PRESUNTO ABOGADO QUE SE MALOGRA EN AGRAZ

Ignoro cuáles fueron realmente los antecedentes escolares o académicos de Paco. No era bachiller de Costa Rica. Me parece que obtuvo el bachillerato, como Albertazzi, en algún otro país centroamericano, si efectivamente lo optó, quizás de un "cornetazo", lo que no es para sonrojarse. Ha habido casos similares de abogados en el país que obtuvieron así su grado y yo mismo no vacilaría en que se me regalara ese honor, para poder anteponer el "Lic." a mi nombre. Después de todo, ¿no soy "subteniente" por decreto de Don Chico Aguilar Barquero, como premio a mi valor -verdadero militar de "carrera"- al haberme "levitado" a tra-

vés de una ventana, saliendo disparado un día en que la policía, en la época de don Juan Bautista Quirós, disolvió una reunión política en la Plaza de las Arcadas, sin saber manejar otro sable que el del "prestame medio"? Lo cierto es que un día Paco se apareció, dispuesto a emprender una carrera, en la Escuela de Derecho, por la que tantos han pasado con el deseo, pareciera, de tener el placer de ahorcar luego los hábitos. ¿Cómo imaginarse haciendo un escrito de demanda a Julián Marchena, que también estudió Derecho algunos años, sin graduarse? El "infrascrito", para hablar en lenguaje leguleyesco, hizo también cinco años de presencia (el Secretario de entonces decía que "de ausencia), en los pasillos y corredores, calentando apenas el asiento mientras pasaban lista, para volver a salir. Tampoco estoy seguro de que Paco se matriculara en toda forma. No le interesaba la Jurisprudencia ni creo que hubiera aprendido nada en ese plantel. Me parece que más bien asistía "por compañerismo" o por lo céntrico que quedaba, por una de esas coincidencias providenciales, a pocos pasos de una de las importantes instituciones con que cuenta el país, el Monte Nacional de Piedad, donde muchas veces fuimos a depositar prendas propias u obtenidas en préstamo. Eso nos permitió formarnos un concepto más cabal, del que pudieran enseñarnos los libros, de lo que es un contrato pignoraticio. Paco era, pignoraticiamente hablando, muy escrupuloso y siempre que empeñaba (él mismo se ufanaba de ser un hombre empeñoso) algún objeto de valor que se deparaba en casa de Carmen Lyra, con conocimiento de ella o sin él, no dejaba de enviarle la papeleta con religiosa puntualidad. Carmen Lyra que lo quiso entrañablemente, celebraba como otras tantas genialidades, estas muchachadas de Paco.

Paco hacía esto por travesura, aunque siempre quedaba la duda de si, como ocurre con los cómicos en aquellas escenas donde hay alguna merienda, en la que comen "de verdad", lo hacía acaso por necesidad. Todos simpatizaban mucho en la Escuela de Derecho con el más reciente recluta en los ejercicios de la Justicia (Justicia precepta sunt haec.... entonaba el profesor de Derecho Civil, con voz cavernosa y magistral). El único profesor con que estuvo a veces de punta, fue con el doctor don Alejandro Rivas Vázquez, jurista venezolano, que tenía a su cargo la cátedra de Derecho Romano.

UNA FAMILIA ROMANA QUE PACO DESCONOCIA

Rivas nos saludaba indefectiblemente diciendo "Buen Día", en vez del consuetudinario plural, y esto ponía a Paco como agua para chocolate. Fiel a sus principios, Paco llegaba siempre tarde a las clases de Rivas, que no perdía ocasión de hacer observaciones capciosas respecto del poco interés del poeta —por tal reputaba a Soler— por la Ciencia. Paco fue increíblemente sufrido y paciente, para un hombre de su temperamento altivo y usó de gran templanza. Pero una vez se produjo el choque inevitable. Rivas, viendo a Paco desatento, ocupado en emborronar cuartillas, sin preocuparse del Palimpsesto de Gayo ni de las Novelas de Justiniano (a quien creía muy mal "novelista"), le dirigió inesperadamente una pregunta sobre el tema familiae erciscundae, que a lo que pudimos colegir era una acción para la división de herencias. Paco fingió socorronamente entender que le preguntaba por la familia "Erciscunde", y le contestó que estaba un poco herrumbado en achaques de genealogía romana. El profesor, de aspecto amenazante aun en los momentos más apacibles, por su copete a la francesa, se arriesgó más los poblados y encerados mostachos kaiserescos y montó súbitamente en cólera. La tempestad estaba a punto de desatarse y nadie podía precedir sus consecuencias. Pero tras un rato de angustiosa suspensión, el profesor recapacitó y con patética solicitud procedió a explicarle el misterio, no sólo de la referida acción, sino también, por añadidura, de la de communi dividundo y finium regundorum. Paco le mostró su profundo agradecimiento por la deferencia que le hacía de proporcionarle información y el incidente no pasó a más. Desde entonces el togado fue más tolerante con la literatura y una Pax Romana reinó en el augusto recinto.

Allí, sobre los pupitres de la antigua escuela escribió Paco algunos de sus mejores cuentos. Todavía vibran en mis oídos aquellos sonoros períodos que comenzaban: "El hermano Pedro de Bentancourt, apagada la candileja..."

EL SATIRICO

Paco era, sobre todo, un amenísimo conversador y fue como tal que ejerció la parte más importante de su apostolado, como émulo de Voltaire y de Quevedo. Desgraciadamente las palabras en una época en que no había radio ni grabador de cinta

magnética, se las lleva el viento y mucho me temo que ese aspecto de las actividades de su ingenio quedara perdido para siempre. Paco era volteriano, candente y asolador en sus acometidas. Aborrecía la simulación, pero estaba listo a reconocer los valores auténticos donde los encontrara. Su crítica no siempre era destructiva y proporcionaba muchas veces orientación y, en todo caso, estímulo.

Contra lo que creían algunos de sus detractores jamás fue hombre enconado ni emponzoñado. Biliioso, tal vez y de carácter violento, no cabe duda; pero no malévolo ni rencoroso. Era maestro en el arte del vituperio, cuando creía que era menester usar de esa arma, especialmente en las luchas políticas y no reconocía superiores sino los grandes exponentes del arte, Montalvo y Blanco Fombona. Era, sin embargo, profundamente generoso, de buen corazón, de esos hombres que se quitan la camisa —y no metafóricamente— para ayudar a otro. Puedo decirlo por propia experiencia. Los pro-hombres de Centro América, ampulosos y solemnes, no obstante su preclara inteligencia, no conciben el sano humor ni el esprit, que lo atribuyen o a malos hígados o a móviles ulteriores mezquinos. Así se explica que en un pique que tuvo con el Dr. D. Manuel Diéguez, el distinguido publicista y jurista guatemalteco, éste, un día lo motejara de "clown". Este epíteto injusto lastimó a Paco en lo hondo, lo que no obstó para que cuando el Dr. Diéguez estaba en el lecho de muerte, Paco le escribiera la más cumplida, sentida y afectuosa carta, en la que protestaba su respeto, estima y admiración al viejo luchador.

Su talento habría sido más tranquilo y apacible si las angustias económicas no lo hubieran acosado con inexorable terquedad. Bondadoso y todo, Paco era de los que no vacilaban en sacrificar un amigo a un chiste. Si la infidencia hubiera hecho públicas algunas de sus salidas, se habría captado la enemistad de más personas. Tenía una su clasificación de los locos distinguidos de San José, que era muy graciosa y entre lo más interesante de ella estaba la subdivisión de lo que llamaba los "locos ceremoniosos". Como muchos de los miembros de esa subdivisión han sobrevivido a Paco, no seré yo quien divulgue sus nombres.

* Tomado de la Revista **Brecha** No. 9. Año 1, Mayo 1957. Pág.4-8.